

Carlos Martínez Rentería, el único guarro que me importa

LUZ DE LOURDES GARCÍA ORTIZ

A Emiliano | A Tere | A Moramay

Querido Lector Imaginario:

Mucho agradezco tus condolencias. Las transmitiré a Emiliano, el dulce guapo hijo de Carlos: a él corresponden en primer lugar y en todo momento.

En efecto, como bien te preguntas, en realidad no son muchos los años que teníamos Carlos y yo de ser amigos. Como me gusta decir, soy reciente adquisición, en este caso, de la vetusta y multitudinaria dimensión amigueril de Carlos Martínez Rentería... pero sí que la intensidad afectiva fue esencial para unirnos de una vez y para siempre. Aunque ya sabía de él por su *Salón Palacio* en *La Jornada* y, sobre todo, por un programa que vi en TV UNAM sobre la Generación de la Ruptura y la contracultura, fue en 2016 que entramos en conocimiento mutuo gracias a Tere Espinasa: ella me presentó a Emiliano (Martínez) Escoto, y a través de ambos llegué derecho a Carlos. O él llegó a mí. O nos llegamos recíprocamente. Y aquellos que llamo *guarros* me llegaron en bola junto con Carlos, en tumulto: la providencial embriaguez –y que no se nos olvide: es conexión con lo sagrado la embriaguez, que no la borrachera, según Jean-Luc Nancy–, la embriaguez, decía, que hace llevadera la chinga así en la vida como en las ferias, en *Los Otros Libros* de Radio UNAM, la de

aquel año, ejerció su hechizo, y di el salto, el brinco, como generosamente me dijo el buen Axayácatl Gutiérrez durante el velorio, ay, el velorio de Carlos en Gayosso de Félix Cuevas, y me volví parte de un fragmento de aquella banda que vive y promueve la contracultura –lo que eso signifique– en tu ciudad capital del país. Principalmente las ferias del libro y las presentaciones editoriales fueron el caldero que nos hirvió hasta que nos cayó la pandemia. Así que mi andanza con ellos es como trayecto de cometa: de pronto me les aparezco en Santa María la Ribera, en la calle –como aquella vez por la glorieta de Vértiz y Pilares, cuando Emiliano y Chewbacca me recogieron y me llevaron a su casa para despedir el pandémico 2020 y recibir el no menos pandémico 2021–, en La Bota con los Calera-Grobet y su Festival de Poesía por Primavera, en la pulcata Insurgentes –y ahí me ves, cerveza oscura en mano porque no me gusta el pulque, platicando y bailando todos con todos–, recientemente en La Juanita con el buenazo de Polo Rivera... y nos amaneceamos juntos. Iván Villaseñor –ay, quien ya no está entre nos los vivos–, Aura Mendoza, el Vlady, Martín Sánchez, Felipe Posadas –Felipe el Hermoso–, Juan Carlos Ruiz, Jesús Iglesias, Jorge Panameño... quién más, los novios y las novias del momento de ellos y de ellas. Conversación, con los aquí mencionados y álguienes más: más allá de la cháchara en medio del ruido y la banalidad ambiente –he ahí: eso es lo que hace mis visitas como de venida de cometa, que no venida de obispo–. En fin: nada importante, dijera Alguien; nada del otro mundo sino de éste, que es un diablo mundo, y no hay otro. Entonces, acerca de cualquier asunto y tema que abordó y no abordó Carlos en torno a la contracultura, son otras las personas con las que puedes ampliar información y conocimiento. En internet hay un titipuchal de ello, y más ahora con su fallecimiento.

No me sorprende que te hayan llevado el chisme –el chisme es cultura, dijo La Monsi, pero ah qué gente...–. Sí, en efecto, un par de deschavetadas cayeron, unidas en abrazo salutariorio, a los pies del féretro del Guarrísimo: Rosa Gurrola... y yo. Como de jocoseria escena a la Juan José Gurrola, a la Juan Ibáñez. (Nada, ni Rosota ni yo andábamos bebidas: ¡conste en actas!) ¿Que cómo fue eso? Bueno, pues yo estaba como parte de una de las guardias fúnebres de la noche, junto con Martín y otros guarros, él y yo a los pies del féretro. Nos turnamos algunos para leer poesía en voz alta –yo le leí su *Cocaína*–. Vi llegar a Rosa, la llamé para que se nos uniera a la dicha guardia; se acercó de inmediato, sonriente y linda como es ella, nos abrazamos a la vez que veíamos dónde sería mejor que se colocara... y perdimos el equilibrio, sujetándonos una de la otra. Caímos, dimos el tamalazo sobre la tarima del espacio feretral, y acaso tumbamos algunos floreros. Qué barbaridad... Ya me esperaba que sucediera tan apasionado y guarro velorio, más bien, lo deseaba: una de las mejores maneras de hacer honores para alguien como Carlos Martínez Rentería. ¡Sus muy suyas carcajadas estarían resonando! (Haría falta una grabación de su risa en *play* aquí, para ambientar.) Hasta con trifulca, a cargo de un patán de los que nunca faltan –de lo que mejor no digo más–. Música, baile, llanto dolido, risa, abrazos y sonrisas –con y sin cubrebocas, con y sin gelazo en las manos–, chichisbeos, flores, elixires etílicos, tabaco, veladoras encendidas, café, galletas, cacahuates, sudores y requiebros, Juanita y La Bruja Blanca, hasta Fadanelli por aquí Servín por allá *et al.*: tal como le hubiese encantado a Carlos que fuera su velorio y del que de todos modos se escaparía, según solía amenazar,

para irse: quiero imaginar que a su casa, engalanado con su pijama de seda –franela, mezclilla, terciopelo-y-fuego, algodón, percal, terlenka–, o en cueros, devastado por la cruda. Caray, sí que fue hilarante aquello...

Y me agoté, ¿sabes?, tal fue la intensidad. Cuánto pensé en los que quiero, en los que amo, en los que me importan, ahí mirando fotos –muchas fotos de los muchos momentos vitales de Carlos– y flores y luces de veladora, el féretro con el cuerpo del Guarrísimo en su saco rojo –no logré acercarme para verlo de frente: mejor su imagen cálida, colorida, risueña, moviente–, el aroma de las flores mezclado con el tufillo alcohólico y sahumado. Emiliano: lo vi hermoso, entero, maduro; lo sentí, lo que solíamos llamar antes del *metoo*, todo un hombre. Y los hermanos de Carlos: gentiles, agradecidos. Sentí en varios momentos como si Carlos mismo estuviera flotando en todo aquel espacio, expandido, envolviéndonos, colándose como corriente de aire entre brazos, piernas, cabelleras, cubrebocas...

Cuántas noches de embriaguez, muy tarde de un día y muy temprano del día siguiente; cuántas madrugadas de música, cuánto beber y conversar y pensar, ¡y bailar! El gozo de cuidarte y leerte en guardia nocturna hasta que lograras dormir mientras aquella vez que estuviste hospitalizado, el mimo que me dejabas brindarte en los terapéuticos masajes. Y tus carcajadas, Carlos Guarrísimo, cuántas tus carcajadas y tu mirada dulce en ojos de joven inmortal. La contracultura a tu manera, sí, pero sobre todo los amigos y las gratas compañías. La pura guarrez contigo, chingao...

Ya que me lo pides, querido Lector Imaginario, te contaré algo de lo que a veces platicábamos Carlos y yo. Para ello, me permito reconstruir, en una sola, varias conversaciones, de las ligeras, que entablamos ciertas noches, ya tarde, cuando iba a visitarlo atendiendo a su llamado –procuraba caerle cuando sabía que estaba solitito–: «Ven a brindar. Y te traes una botella.» Durante unos tres años fuimos vecinos, por los rumbos de Letrán Valle-Del Valle: caminandito, a unas cuadras.



Al entrar, se escucha la voz cantante de Raphael desde un video reproducido en la compu del Guarrote:

*Hoy para mí es un día especial,
hoy saldré por la noche.
Podré vivir lo que el mundo nos da
cuando el sol ya se esconde.*

—Es una canción sobre la pérdida de la virginidad.

—¿En serio? Yo la tomaba como una manera nais de decir que se va de picospardos.

—También. Es mejor perder la virginidad en una noche de picos pardos, jajaja...

—Más de uno, y una, y une, porque lo de hoy es ser in-clu-si-ves, no pondría reparos. Eso de lo oscurito y de la puerta que se abre... invita, incita, antoja. Aunque para estos tiempos *metoo* lo de la virginidad es asunto espinoso. Ya lo era. Los excesos de unos y otros me son ajenos, sábelo.

—La virginidad no existe.
 —Entonces pa'qué me dices que *Mi gran noche* es sobre perder la virginidad...
 —Es un mensaje subliminal, jajaja...
 —¿Dirigido a quién?
 —A las chavas que creen en el amor.
 —¿Qué bueno que ya no soy chava, tú, ni nuncamente lo fui, benditos los dioses y los chamucos! Pero... ¿nomás las chavas? ¿Y los chavos?
 —Ellos no tienen himen, jajaja...
 —Pero sí prepucio. Y frenillo. Y otro *illo*.
 —¿El frenillo de la lengua?
 —Ése es otro. En el pene, nene. También ustedes los varones tienen su frenillo *ahí*.
 —Tus erudiciones insospechadas...
 —Bueno, tampoco exageremos.
 —Pero yo nunca me lo he visto.
 —¿Qué? ¿Tu frenillo? Pero lo has de sentir.
 —Quién sabe... ¿Y para qué sirve?
 —Pa'que no se te caiga: es freno. Ora que si nos vamos a las etimologías: *fren-fre-nós-mente-inteligencia*. Y deduce lo que puedas.
 —Tiene sentido, jajaja...
 —Sí. Y sirve para que no se te vaya de largo.
 —También tiene sentido. Pero lo largo sí importa, jajaja...
 —Claro, pero nada con exceso, todo con medida. ¿Sabes que es zona erógena, el frenillo? Tiene terminales nerviosas que contribuyen al placer. Una lamida...
 —¿Entonces sí lo he sentido, jajaja...!
 —¡Faltaba que no, chato!
 —Y el prepucio, ¿se puede perforar, romper, como el himen?
 —Sí, perforar sí; es piel. Es la que cortan a los que se les hace la circuncisión.
 —Qué blasfemos... Los judíos se la mamaron.
 —Se la cortaron, dirás.
 —Jajaja...
 —Qué, ¿quieres mandarte poner un arete, una argolla, una nariguera, pero *ahí*?
 —Estaría padre, ¿no? Les gustaría a mis novias, imagínate...
 —Sí, bueno, un mundo de diversión. Pa'quienes gustan de tales diversiones.
 —El sexo tiene que ser divertido ¡o no será!
 —Mmm... a mí no se me antojaría jugar con una nariguera *ahí*.
 —Eres muy seria.

*Podré cantar una dulce canción
 a la luz de la luna
 y acariciar y besar a mi amor
 como no lo hice nunca.*

—No tanto, no te creas. Pero ser serio no significa ser aburrido. Los serios también tenemos humor e imaginación.
 —La imaginación es indispensable para tener buen sexo. La exploración, la experimentación... ¿Tú no te pondrías una argolla *ahí*? Dicen que aumenta la sensibilidad.

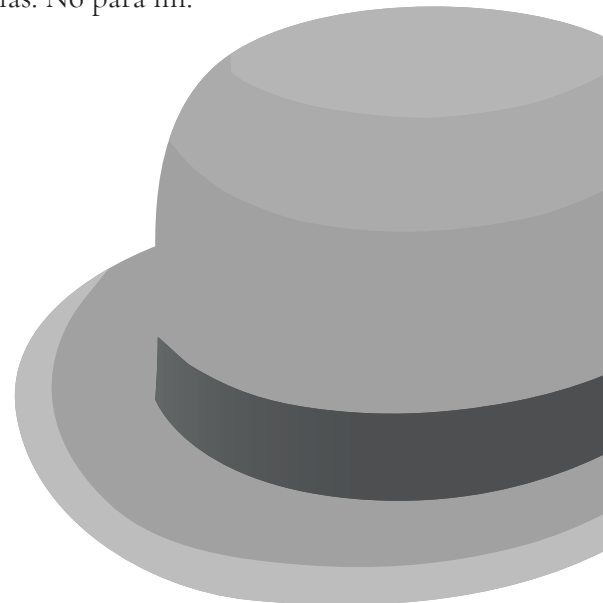
—¿Qué barbaridad, ni falta que me hace!
—Estaría padre, jajaja...
—Pues serán el padre y la madre y todo sereno. Si quieres experimentar con tu pirinola, dale. Déjame la mía en paz.
—¡No que no eres aburrida, jajaja!
—Que no me interesen lo hardcore ni lo gore ni las amistades peligrosas ni tal no quiere decir que sea aburrida. Como sea, nomás me estás diciendo puros lugares comunes tú. Si tatuarse las nalgas, si ponerse aretes en el clítoris, si colgarse cadenas de los pezones y esas cosas guarras fueran la neta del planeta, otra cosa sería la humanidad.
—Todos quieren hacer el amor pero lo niegan.
—Yo no lo niego.
—Hazlo conmigo.
—No, no me gustas para coger.
—Soy feo pero cariñoso.
—Para mí no eres feo... Me encantan tus ojos, y tu pelo. ¡Y el de Emiliano, qué hermoso cabello tiene! Pinches genes...

*¿Qué pasará, qué misterio habrá?
Puede ser mi gran noche.
Y al despertar, ya mi vida sabrá
algo que no conoce.*

—¿Entonces?
—¿Entonces qué?
—¿Nos hacemos el amor?
—Si te refieres a que tengamos sexo, ya te dije que no. El amor nos lo hacemos conversando y riéndonos. ¿Qué no?
—Eres una mujer muy sensual... Tienes una falda morada que se te ve muy bien. Casi no te he visto con faldas. ¿Por qué siempre andas sola?
—Mmm..., no siempre ando sola... O sí, a final de cuentas. Pero nah, tus lugares comunes... No es así como se me puede seducir.
—Eres dura, jajaja...
—Y tú, muy blando, jua jua jua...
—Te voy a escribir un poema erótico.
—Uy, ¿donde hables de tetas y nalgas y chupetones? No, gracias. No para mí.
—Eres dura.
—Y tú, muy agüadito. Ya, échate tus polvorones...

*Caminaré abrazado a mi amor
por las calles sin rumbo.
Descubriré que el amor es mejor
cuando todo está oscuro.*

—...
—...



—Wikipedia dice que *Mi gran noche* habla de un joven dispuesto a disfrutar de la vida nocturna y a encontrar el amor.

—Si de picospardos, será amor de un rato. Por cierto, hay una flor a la que así le dicen, amor-de-un-rato, porque dura no más de un día desde el momento en que abre sus pétalos. Es de un tipo de cactáceas, de un color medio fucsia.

—No las conozco. ¿Son de tu tierra?

—No sé si de “mi tierra” porque no tengo tierra, pero sí, allá en Guanajuato se daba mucho, sobre todo en primavera, pero también en verano. No sé ahora, con lo del clima climatérico y el arrase de tierras...

*Y sin hablar nuestros pasos se irán
a buscar otra puerta,
que se abrirá como mi corazón
cuando ella se acerca.*

—Amor de un rato... pero amor.

—Sin duda, amor. O postizo. O prestado.

—Efímero.

—Simulado.

—No tiene que ser para siempre. El amor eterno no existe.

—Pero sí el genuino, dure lo que dure. Digo, para que sea amor. O qué sé yo, carajo... «Caricia extranjera y fugaz», como dice la canción. «Es mi beso ficción que vendí».

—¿Qué canción?

—La que canta Andrea Palma en aquella película, *La mujer del puerto*, de las mexicanas viejitas, de recién estrenado el sonido en el cine, si entiendo bien. Seguro la viste. Ella es melancólica, triste. Y muy bella. Nada diva ni tal, sino ser humano.

—Una prostituta.

—Sí, obligada a vender placer a los hombres que vienen del mar. Por pobre. Y por huérfana, si recuerdo bien.

—Son las mejores, las prostitutas, jajaja...

—Ah, otro lugar común... Si son mejores o peores, si son las buenas o las malas, si son más dignas o menos dignas, no es por prostitutas sino por su naturaleza individual.

—Sí, tienes razón. Hay unas putas bien cabronas, jajaja...

—He ahí. Y hay putos bien cabrones. Y hasta los que no son putos. Esa maña de idealizar...

—Eres dura.

—Soy mujer pensante. Y sintiente. Y falible. Y no nací ayer, ni me la he pasado solamente con la nariz metida en los libros.

—Yo tampoco.

—Tú naciste antier.

—¡Yo nací hoy, jajaja...!

—¡Claro, si eres El Guarrísimo Inmor(t)al, reciclable, renovable, reloaded!

—Entonces, ¿la canción de quién es? ¿De Agustín Lara?

—Mmm... no sé, es posible. Un gugalzo, dale a la compu.

—...

—...

—Manuel Esperón.

—Tenía que ser. Ponla, ha de estar en Enciclopedia Universal Youtube el cachito de película donde ella canta. Verás qué preciosa la Palma en su papel.

—...

*Vendo placer
a los hombres que vienen del mar.
Si se marchan al amanecer,
para que yo he de amar.*

*Puerto hay en ti, la caricia extranjera y fugaz,
y es mi beso ficción que vendí
un momento nomás.*

*Faro de luz que en la noche de amor
formó una cruz con el mismo dolor.*

—Qué triste canción... Cuánta soledad en la protagonista...

—Es que a las prostitutas se les niega el amor. Bueno, yo no: las amo a todas, jajaja...

—Que es como decir a nadie. Te digo, tus lugares comunes...

—...

—...

—Me devastas.

—Ya estabas devastado cuando llegué, no te hagas.

—Estuvo buena la fiesta de ayer, hubieras ido.

—Y de hoy, dirás. Y nadie me invitó. Y a lo mejor ni hubiera ido, ya sabes que son pocos los guarros a los que me atengo. Bebamos, Guarrísimo, sírveme más tequila. ¿Te preparo otra cuba?

—...

—...

—Pon otra vez a Raphael, anda.

—Pero baila. ¿Sabes que tienes unos movimientos como...

—...de trompo chilladorrr?

—Jajaja... Eres dura.

—Y dale...

—¿Me quieres?

—¡Sí, Guarrísimo, te quiero! Que no se te olvide que eres el único guarro que me importa.

—Soy un viejo indecente, jajaja...

—Por eso: Guarro, Guarrote, Guarrísimo. Contraculturoso.

—Entonces qué, ¿bailamos?

—Pero no me vayas a dar con el bastón.

—De pisotón.

—Como en baile de quinceañera.

—Mejor me quedo sentado, jajaja...

—Sentado o de pie o acostado, se mueve. Préstame tu sombrero...

—...

—...

—Oye, se te ve bien, nomás que grande, jajaja, soy cabezón, jajaja... ¡Báilame!

—Yo te bailo, como trompo chilladorrr.

—Maréame... ¿Me das un beso?

—Los que quieras. Besos no te los niego.

—...

—...

—La vida está en los besos blasfemos, jajaja...

—¡Aaayyy, tus lugares comunes...! Pero a'i te va mi corazón tan negro...

Hasta siempre, querido Lector Imaginario. Abrazos fraternos de esta tu

Luz de Lourdes

Ciudad de México, 11 de febrero de 2022 🌑



Fotografía: Luz de Lourdes García Ortiz